

LOS COSTES ECONÓMICOS DEL GUERRACIVILISMO

JAVIER MORILLAS

Catedrático de Economía Aplicada. Universidad CEU San Pablo (*La Razón*)

El profesor de Teoría Económica de la Universidad de Sevilla, José M. Cansino, publicaba un artículo en *La Razón* el pasado 2 de julio en el que se hacía eco de lo que personalmente había definido como «economía del guerracivilismo». O sea

ese conjunto de inputs o insumos materiales e inmateriales que derivados de la guerra civil trata de obtener réditos diversos de la retrotracción del propio entorno y tensión social que provocó dicha confrontación fratricida. Una alternativa escapista, recurrente, a la de intentar solucionar los problemas reales de la economía española, actuando como cortina de humo divisiva en torno a la interpretación de un triste pasaje de nuestra historia.

El citado profesor lo relacionaba por un lado con la tesis de Alfonso Lazo, en su doble condición de experto en historia contemporánea y protagonista de la transición, quien explicaba la Ley de Memoria Histórica de Zapatero como la sublimación por parte de algunos de una frustración de

lucha postrera contra un dictador muerto alanceando el nomenclátor de las calles, las fachadas de los edificios o acomodando en el Código Penal una sanción de inspiración antinegacionista.

Y por otra la tesis del profesor José Antonio Parejo para quien el guerracivilismo de Sánchez le sirve a éste como un agente diferenciador con el PSOE de González

que fue capaz de sentar en la misma bancada a hijos de fusilados por el Frente Popular en Paracuellos del Jarama –como el propio Lazo– con hijos de fusilados por el bando nacional [...] y con el [...] desafortunado convencimiento de que la fractura social será inocua [...] y con [...] desprecio a los que se afanaron en cerrar las heridas de la guerra [...] [y] al valor de la cohesión nacional.

Y es que si en 2007 se estimó el coste de la aplicación de la Ley de Memoria en 200 millones de euros entre exhumaciones y compensaciones para quienes injustamente todavía tuvieran familiares afectados, mayores aun son los costes extraeconómicos. Los de energías e integración social y constitucional que el actual proceso está provocando con su falta de consenso. Como ya señalamos en un artículo al respecto, Federico List exponía en su Sistema Nacional de Economía Política publicado en 1841 la importancia de la relación entre crecimiento y cohesión social al señalar cómo los países con mayor «*calidad como nación*» son los que presentaban mayor homogeneidad e integración del pasado común, al redundar en mayores posibilidades de desarrollo.

Y efectivamente, uno de los grandes legados de la presidencia de Felipe González fue dejar enterradas y superadas las heridas pasadas, lo que fue clave de sus sucesivas mayorías absolutas. «Aquí estamos hijos y nietos de vencedores y perdedores», se decía en sus congresos y mítines de campaña. Ni enmendó la Constitución, pudiendo

hacerlo con sus 202 diputados, ni condescendió con las visiones del comunismo residual. Pero enfrentó la reconversión industrial, la reordenación de la seguridad social, la mejora de las pensiones o una costosa reforma laboral, homologando al PSOE con la socialdemocracia europea.

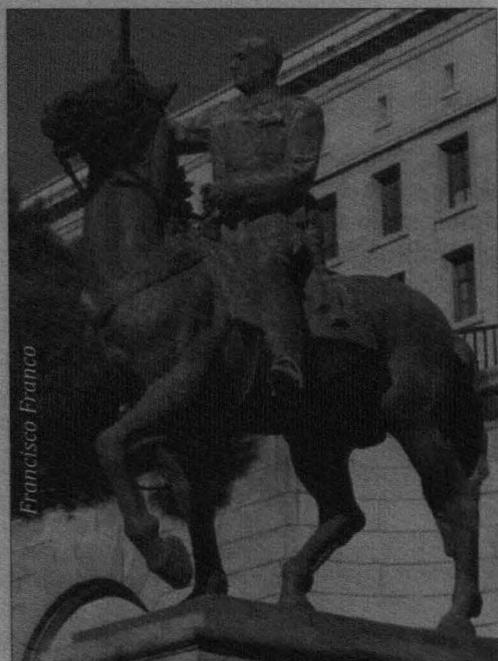
Bajo la presidencia de González se repusieron justamente antiguos nombres a calles que durante el franquismo las habían perdido. Incluso colocó las estatuas de Largo Caballero y Prieto junto a la de Franco en Madrid. ¡La de Largo Caballero, el gran golpista de la República!, quien gustaba de ser llamado el «Lenin



Largo Caballero



Indalecio Prieto



Francisco Franco

español»; artífice de la sangrienta insurrección y revolución anticonstitucional de 1934, con su «huelga general revolucionaria» contra la República, previa a la instauración de una «dictadura del proletariado»; con más de mil muertos y daños materiales, con tomas de cuarteles, Ayuntamientos y depósitos de armas, «comunidades», «columnas obreras»; y ya una miniguerra civil en Asturias donde se asalta la sede y fondos del Banco de Espa-

ña, incendian la Universidad, destruyen la Cámara Santa y se pierde una parte importante de patrimonio histórico y artístico. Largo diría «la revolución que queremos solo puede obtenerse por medio de la violencia». Y con su revolución pro-bolchevique de octubre fue el que inculcó esa vena guerracivilista en el marxismo español que al margen de Besteiro, Jaime Vera y otros muchos, tantas desgracias y costes económicos traería a España. Y que tras las elecciones de febrero de 1936, –demostradas ya claramente fraudulentas– acabaron en el levantamiento de julio, tras el asesinato del mismísimo líder de la oposición parlamentaria. Ya lo había denunciado Unamuno «El gobierno de Madrid ha caído en manos de unos pistoleros».

Soy testigo de cómo delegaciones extranjeras que visitaban Madrid interpretaban aquellas tres estatuas de los Nuevos Ministerios apenas separadas por unos metros, como un signo más de superación de la guerra civil; de reconciliación y estatura moral de la nueva España de la post-transición. ¿Se deberán retirar ahora también? ¿Y las calles dedicadas a Carrillo, a Companys, Negrín,...?

En plena guerra fría y con media Europa bajo el yugo de las «dictaduras del proletariado» el entonces ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo e importantes miembros de la corriente más aperturista del régimen, que intentaban alejar a éste de las influencias totalitarias, invitó a visitar en 1953 las obras del Valle de los Caídos al Cardenal Roncalli, luego Juan XXIII. La idea era mostrarle el singular cenotafio que albergaría a muertos de los dos bandos, buscando superar la guerra civil. Luego, declarada Basílica por el Papa, se inició el llamado «Centro de Estudios Sociales» de la Abadía, con el catedrático de Derecho Político Luis Sánchez Agesta como director, también primer rector de la Universidad Autónoma de Madrid. Allí se reunieron entre 1958 y 1982 una pluralidad de intelectuales que con sus mesas redondas, jornadas y trabajos tuvo entre sus objetivos permanentes la reconciliación que hizo posible la transición española.

Como cada presidente el actual tiene sus retos. Sánchez debe consolidar la recuperación e intentar sacar a la economía española de la crisis de deuda que todavía nos atenaza. Y prevenirnos así de nuevas subidas de tipos y la llegada de una nueva crisis. Que ya es dudoso consiga con sus anunciadas subidas de impuestos, aumento de gastos e incumplimiento de los objetivos pactados con nuestros socios comunitarios de déficit del -2,2, -1,3, -0,5 y +0,1 por ciento del 2018 al 2021. De hecho al llevarlo al -2,7, -1,8, -1,1 y -0,4 respectivamente, aplaza el equilibrio presupuestario hasta 2022, como poco.

Esos son los nuevos costes económicos del presidente guerracivilista, señor Sánchez. Con su señuelo de Franco y el Valle de los Caídos, como mero instrumento de política económica y electoral, para paliar sus carencias y a falta de proyectos más sustantivos. ¡Eso con base en 84 diputados y sin ganar unas elecciones generales! En vez de –en todo caso– consensuar o reunir allí de forma voluntaria y familiarmente acordada a todos cuantos padecieron de una u otra forma la guerra. Así se empezó a hacer en EE.UU., a raíz de la guerra civil americana 1861-1865, con el centro de reconciliación y peregrinación que es hoy el cementerio de Arlington. En la mismísima finca del «rebelde» General Lee, con su «Arlington House» y The Robert Lee Memorial.

Personalmente vería más inclusivo, y me entretendría más, intentar traer a España a Antonio Machado, e incluso a Azaña: ¿Al Valle de los Caídos? Al final todos, vencedores y vencidos, padecieron y fueron víctimas de la guerra. ●